

## FUENTES

### SAN EFRÉN: “UNA CRUZ DE LUZ”

#### Introducción

Efrén el sirio nació hacia el año 306 en Nísibe o en sus alrededores. Poco es lo que sabemos sobre su infancia y su juventud. En su formación parece que el obispo de Nísibe, Santiago, tuvo un papel descolante. Santiago era un hombre notable, ermitaño y apóstol a un mismo tiempo; dejó una profunda huella en el espíritu del futuro diácono.

En tiempos del segundo sucesor de Santiago, Efrén ya se había transformado en un maestro conocido y honrado en Nísibe. Algunos años más tarde será consejero y amigo de Abraham, el nuevo obispo de su ciudad natal. Cuando los persas toman Nísibe (363) Efrén se instala en Edesa. Comienza entonces la segunda etapa de su vida. Al igual que en Nísibe sigue ejerciendo su ministerio de diácono y enseña en la escuela bíblico-teológica de Edesa. Como diácono pronuncia ardientes sermones, dirige el canto y la recitación de los himnos que él mismo compone, se ocupa de los enfermos y extranjeros, recoge las limosnas destinadas al sustento de los pobres, enseña y refuta. También es muy probable que además de sus funciones de diácono y profesor haya llevado vida eremítica, en las ermitas existentes en los alrededores de Edesa, durante períodos más o menos largos de su existencia<sup>123</sup>. La *Crónica* de Edesa<sup>124</sup> fija su muerte en el año 373.

El himno cuya traducción parcial presentamos revela el pensamiento y el sentir de San Efrén sobre un punto importante para la vida del cristiano: *la oración*. Con fuerza y vigor poético notable el diácono de Edesa nos muestra cuál debe ser la única preocupación del monje, y también de todo cristiano. Este himno puede ser un excelente motivo de reflexión para quien se sienta urgido por las palabras de Pablo: “Sed perseverantes en la oración” (*Col* 4,2), y también: “Orad en toda ocasión en el Espíritu” (*Ef* 6,18).

Los Toldos  
Argentina

#### HIMNO INÉDITO DE SAN EFRÉN<sup>125</sup>

El que en el corazón del desierto celebra completamente solo,  
es una asamblea numerosa.  
Si dos se reúnen para celebrar en las montañas,  
millares y miríadas están allí presentes.  
Si son tres los que se reúnen,

---

<sup>123</sup> E. BECK, *art. Ephrem*, en *Dict. de Sp.* T. IV, cols. 788-800. Cf. también G. M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, vol. I (BAC 351), Madrid 1974, pp. 130-132; A. VÖBUS, *History of ascetism in the syrian orient*, vol. II (CSCO 197, Subsidia 17), Louvain 1960, pp. 70 ss.

<sup>124</sup> A. VÖBUS, *op. cit.*, p. 71. Para un estudio profundo sobre la figura y el pensamiento de san Efrén ver L. LELOIR, *Saint Ephrem, moine et pasteur*, en *Théologie de la Vie monastique*, Paris 1961, pp. 89-97.

<sup>125</sup> Nuestra traducción ha sido realizada en base a la versión francesa del P. LOUF, publicada en su obra *Seigneur apprends-nous a prier*, Bruselas 1972, pp. 158.160-161 y 175. El P. Louf tuvo la amabilidad de comunicarnos que había tomado el himno de un borrador de una antigua traducción hecha sobre un manuscrito inédito del Vaticano. También le debemos al P. Louf la autorización que nos concedió para traducir el himno.

un cuarto está entre ellos.  
Si son seis o siete,  
doce mil millares están reunidos.  
Si se ponen en hileras<sup>126</sup>  
llenar con sus oraciones el firmamento.  
Si están crucificados sobre la roca  
*y marcados con una cruz de luz:*  
fundada está la Iglesia.  
(Cuando) están reunidos,  
el Espíritu aletea sobre sus cabezas.  
Y terminada su oración,  
el Señor se levanta para servir a sus servidores.  
A sí mismos se ordenan sacerdotes,  
y ofrecen sus asceticismos...  
El ayuno es su ofrenda, la vigilia su oración,  
penitencia y fe son el santuario.  
Sus meditaciones son el holocausto,  
su celibato, la víctima.  
Su pureza es el velo del santuario,  
su humildad, incienso perfumado...  
Su corazón puro es el sumo sacerdote,  
su contemplación, el sacerdote que preside.  
Sin cesar sus labios ofrecen el sacrificio:  
la oración que al reposo aspira.  
En las montañas cantan la gloria,  
el sacrificio perfecto delante de la Majestad.  
La alabanza que asciende desde las cuevas  
es el oculto sacrificio para Dios.  
Lo más íntimo de su corazón es el Santo de los Santos,  
allí está erigido el altar de la reconciliación.  
Han sido ordenados sacerdotes de los misterios ocultos,  
y borran nuestras debilidades.  
En la oscuridad, oran por nuestro pecado  
y permanecen vigilantes, implorando por nuestras locuras...  
Las montañas se han transformado en antorchas,  
la multitud camina hacia ellas.  
Allí donde se encuentra uno de ellos,  
los que los rodean encuentran la reconciliación.  
Ellos son fortalezas en el desierto,  
gracias a ellos nosotros estamos en paz.

---

<sup>126</sup> Se refiere al rezo del oficio divino en comunidad.